



RODRIGO COSTOYA

Hijos DE
GAEL



ESPASA

RODRIGO COSTOYA
HIJOS DE GAEL



© Rodrigo Costoya, 2022
© De los mapas, pp. 11 y 12: Héctor Trunnec
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.372-2022
ISBN: 978-84-670-6555-8

Primera edición: mayo de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Diseño de Cubierta: Planeta Arte & Diseño

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

HIJO DE LA NIEVE

*Nacemos sin cadenas. De nadie
somos. Sin más vínculo de pertenencia
que el amor que nos dieron,
o que hemos de dar.
Somos simples herederos de un pasado ineludible,
y escultores en hielo del futuro.*

I

BOSQUE DE KARNAG, 1 DE ENERO DE 1397

Huir era arriesgado, sí.

Lo sabía, claro que lo sabía. Sin embargo, quedarse en Vannes suponía desafiar a la muerte cara a cara.

La amenaza de un ataque inglés se cernía sobre sus cabezas y las fuerzas del conde Patern de Gwened, sin contar con los doce caballeros, eran poco menos que simbólicas.

Fue esa vulnerabilidad, precisamente, lo que le hizo lanzarse. No sabría decir si pese al avanzado estado de gestación en el que se encontraba su esposa o a causa de esa misma circunstancia. El caso, se dijo, es que tenía que evacuarla antes de que la ciudad cayera. Si esperaban, no habría escapatoria.

Aunque abrumado por las dudas, se decidió. Una delegación camuflada saldría con rumbo oeste hacia las tierras más recónditas de la vieja Armórica. Allí hallarían cobijo. Un lugar seguro donde la condesa pudiera traer al mundo a su decimotercer hijo. Con eso se conformaba.

Sus fuentes afirmaban que Vannes iba a ser atacada de forma inminente. Y los condes, desde luego, eran el botín más preciado que los ingleses podrían obtener. Sobre todo, si los atrapaban junto a su hijo recién nacido. Ese sería el fin.

Definitivamente, Alix debía huir. Ya casi no quedaba tiempo.

Así fue como, antes casi de darse cuenta, la gran dama se vio dando botes en el pescante de un carromato cargado de leña que chirriaba penosamente al avanzar por el camino del Penn ar Bed. Se dejó llevar bajo la peor nevada que jamás había visto. Si Patern decía que aquello era lo mejor, fuese.

Al igual que ella, los seis soldados de la escolta iban disfrazados de leñadores.

Tras unas horas de marcha, Alix se mordió el labio. Las sacudidas del camino le hacían presentir que podía ponerse de parto en cualquier momento. Allí mismo podía ser, pensó con pavor. Allí, cruzando aquel bosque bajo la ventisca que arreciaba por momentos.

Porque quedarse, había sentenciado el conde, era desafiar a la muerte cara a cara.

No cayeron en que este tipo de huidas siempre son en vano. La muerte es certera, dice una leyenda antigua, forjada en los albores de la Armórica. Si ha de encontrar a una persona, lo hará.

Aunque se esconda en el último confín del mundo.

Llevaban ya horas de camino cuando a Alix le asaltó un escalofrío. Sin saber muy bien cómo, de soslayo, acababa de percibir algo extraño. Un indicio, leve pero aterrador, que trajo la vieja canción a su memoria.

No estaban solos en el bosque.

La muerte siempre encuentra, decía la leyenda.

Incluso en los confines más recónditos del Penn ar Bed.

II

Las órdenes del Maestre habían sido tajantes.

—Vigila todo movimiento extraño que tenga lugar en las tierras de Bretaña. Todo, Beadur.

La región vivía una guerra soterrada que la Orden no podía ignorar. El poder de los caballeros hospitalarios se cimentaba en la infor-

mación recabada por sus espías en cada rincón de la cristiandad. Su política dependía de aquellos recursos. Por eso, el gran señor de Rodas había insistido en que debían mantener la Armórica bajo vigilancia. Con medios limitados, sí, pero sin escatimar esfuerzos. Una misión que solo unos pocos podrían asumir.

Habían pasado meses desde aquel encuentro, pero Beadur no había bajado la guardia ni por un segundo. Ni bajo el sol abrasador del estío ni bajo aquella nevada que borraba los caminos. Siempre, moviéndose como una sombra.

Por algo el gran guerrero gauta era apodado el Fantasma Gris.

La nieve cubría los árboles en las profundidades más oscuras del bosque, y el frío le traspasaba los huesos. Llevaba días de persecución silenciosa. Sin dormir. Sin apenas comer. Cualquier otro ya habría sucumbido, pero él no.

Él nunca descansaba.

Solo una vigilia permanente habría permitido destapar aquella incursión inglesa en suelo continental. También lo había hecho en las anteriores. Una tras otra, de hecho. Toda una invasión encubierta de territorio francés. Maniobras secretas que confirmaban, una vez más, las sospechas del Maestro.

Tal y como indicaba el protocolo, el espía hospitalario informó al momento a sus hermanos. Los caballeros del Mediterráneo oriental recibieron la noticia inmersos, como siempre, en una batalla.

En una guerra desesperanzada. Una cruzada permanente, abocada a la derrota. De ahí que no hubiera respuesta. De sobra tenían, caviló entonces Beadur. Manter a raya la invasión otomana era un cometido conscientemente suicida.

La caída de Bizancio estaba escrita, lo sabía bien. Solo era ya cuestión de tiempo.

Sin embargo, los hospitalarios de Rodas no contemplaban más opción que resistir. No había alternativa. Podían tolerar la derrota, incluso la muerte, pero jamás la ignominia. Rodas, Jerusalén, Constantinopla. Los lugares más sagrados.

La última defensa de su civilización.

Tanto era así que, en realidad, los conflictos entre ingleses y franceses habían llegado a resultarles ajenos. Si la organización aún mantenía sobre el terreno a un informador como Beadur Njöror era porque, como bien sabían, necesitaban sus pesquisas para subsistir. Ardua tarea.

Por eso allí estaba él, bajo la nieve. Por pura supervivencia.

Mantenerse oculto de unos mercenarios como aquellos era casi imposible, y sin embargo lo había logrado. De hecho, llevaba siguiéndolos ya tres días. A un contingente de dieciocho hombres, nada menos. Una patrulla que había desembarcado de madrugada en una playa remota entre Saint Brieuç y Saint Malo. Pronto se percató de que no eran unos meros aficionados. Habían cruzado toda la Bretaña a marchas forzadas para esconderse allí, camuflados entre la maleza y cubiertos de nieve, al lado de aquel camino. Esperando algo que Beadur no alcanzaba a adivinar.

Un misterio difícilmente explicable.

Tenía que ser un objetivo importante, eso estaba claro. Algo grande, para arriesgarse de aquella manera. Y una misión así, frunció el ceño, no podía ser casual. Semejante operativo necesitaba de algún infiltrado. Un traidor. También él había sido advertido de la incursión el día previo al desembarco. Un informador fiel a la Orden, camuflado en los puertos sureños de la Albión, lo había citado en plena noche. Traidores hay en todos los bandos, rumió.

Hasta en el suyo.

Ante el rechinar inconfundible de un carro que se acercaba, el gauta tensó los músculos. Al estirar el cuello, se deslizó a lo largo de su espalda la trenza rubia que un día lejano había prometido nunca más cortar. Dudó. Había vigilado a los ingleses a lo largo de casi treinta leguas. Lo que esperaban tenía que ser aquel vehículo que se acercaba despacio.

¿Qué otra cosa podría ser, en aquel lugar recóndito y bajo aquella ventisca?

No obstante, al verlo aparecer volvió a bajar la cabeza, decepcionado. Lo que chirriaba por el camino no era más que un carro de leñadores. Un carromato conducido por un hombre y una mujer que se protegían de la nieve envolviéndose en sus capas hasta los mismos ojos. Un puñado de hombres pertrechados con hachas los acompañaban a pie. Echó un nuevo vistazo y negó con la cabeza. Volvió a guarecerse entre las ramas del espino. Aquellos infelices, con su carga de leña, no podían ser lo que los mercenarios ingleses habían venido a buscar. No tendría sentido atravesar el océano embravecido y toda la Bretaña, de norte a sur, para asaltar a unos simples arrieros. Nada, pues. Habría que seguir esperando.

Se concentró en conservar el calor corporal. Llevaba tres días sin probar bocado, y también sin dormir. En aquel punto, su única prioridad era soportar aquel frío glacial sin sucumbir. Las condiciones

eran extremas, pero no había privación que pudiera minar su ánimo. Para ello había sido entrenado en los desiertos de Tierra Santa. Allí, recordó, había tenido que sobrevivir sin agua ni comida durante más de un mes. Bebiendo sus propios orines y cazando serpientes con las manos. Un poco de nieve no iba a acobardar a un guerrero gauta. Ese no era el problema.

El problema era averiguar qué rayos esperaban los mercenarios.

Para su sorpresa, no tardó en descubrirlo. Ante el avance del carro, siete soldados ingleses tensaron los pequeños arcos que hasta ese instante habían mantenido ocultos bajo las capas. Al distinguir la calidad de aquellas armas y la forma en que las manejaban, Beadur confirmó sus sospechas. Aquellos hombres no eran unos simples esbirros. Ya se lo había parecido al ver la extrema pulcritud de sus campamentos y la discreción espectral de su incursión.

Sin embargo, ahora estaba seguro. Eran fuerzas de élite. Militares del más alto nivel, de los que apenas se podían encontrar unos pocos números en cualquier ejército europeo. Asintió, conteniendo el aliento. Si aquellos hombres no lo habían descubierto mientras los perseguía, había sido gracias a las extremas medidas de precaución que había aprendido en Rodas. Beadur siempre era invisible. Aunque no pareciera necesario.

Un hospitalario nunca baja la guardia. Esa era la diferencia.

Los siete arcos zumbaron exactamente en el mismo instante. Siete flechas salieron directas hacia los leñadores sin que nunca llegasen a saberlo. Los proyectiles entraron por el ojo derecho de cada uno de los hombres que formaban la comitiva, atravesándoles el cráneo.

Se desplomaron al unísono. Allí se quedaron, tirados como trapos sobre la nieve, poco antes immaculada pero salpicada ahora de rojo.

La mujer que iba sentada en el pescante se quedó paralizada. Ya solo quedaba ella.

El carro se detuvo. Los bueyes ceñidos al yugo esperaron nuevas órdenes que ya nunca llegarían. Los siete arqueros cargaron de nuevo sus armas y sus compañeros se mantuvieron en posición, con las espadas en la mano.

Auténticos profesionales, sin duda. Beadur arqueó las cejas. No tenía sentido que el objetivo de un cuerpo de élite fuesen unos simples leñadores.

Al cabo de un minuto, dos hombres se adelantaron. La mujer, al verlos aproximarse, se apeó del carro con mucho cuidado. Bajo la voluminosa capa cubierta de nieve se percibía algo extraño en sus movimientos. Algo así como una rara torpeza.

Una pesadez difícil de interpretar.

—Oscuros son los tiempos que vivimos —saludó, con un marcado acento extranjero, el hombre que estaba al mando de la milicia—. Tanto como para encontrarnos a una condesa montada en un carro como una vulgar arriera.

El hombre que lo acompañaba era mucho más joven; apenas un chiquillo que no aparentaba más de quince años. El muchacho llevaba la espada desenvainada, pero mostraba más dudas que convicción.

La mujer, ignorando las palabras del capitán, atravesó con la mirada al joven que lo acompañaba. Su gesto expresaba a la vez incredulidad y horror, y sus ojos desprendían chispas de indignación.

—Como a un hijo te tratamos siempre, Cearbhall —le espetó, con un nudo en la garganta pero con voz firme.

El joven clavó la mirada en el suelo.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó el capitán.

La mujer se encaró entonces con el extranjero. Temblaba, pero mantuvo la cabeza alta. No parecía dispuesta a mostrar sumisión.

—Esa pregunta no tiene sentido —su voz sonó orgullosa. Tal vez cazada, se admiró el gauta desde su escondrijo, pero nunca sometida—. Una condesa no tiene por qué dar explicaciones dentro de sus dominios. Y menos aún a un malhechor como vos... De cualquier modo, supongo que ya no me dirijo a ninguna parte. ¿No es cierto?

La extrema palidez de su cara le daba un aspecto sobrenatural. La nevada iba a más por momentos, cubriéndole la capa, ya blanca también. Toda ella parecía una aparición.

—Cierto —fue cuanto respondió el capitán.

Ahí se acabó la conversación. Tras desenfundar la espada en una décima de segundo, el hombre le asestó un mandoble brutal a la altura del cuello.

Antes de que nadie pudiera prever el golpe, una cabeza rodó por la nieve.

Cearbhall trató de reaccionar ante la inesperada acción de su compañero, pero la velocidad a la que sucedió todo hizo que solo lograra amagar un movimiento instintivo. Una reacción vana que acabó, casi antes de empezar, en un gesto de impotencia y estupefacción.

—¡Dreng, no! —chilló, horrorizado—. ¿Por qué?

El joven cayó al suelo de rodillas, dominado por las náuseas ante la visión del cuerpo decapitado de la mujer, de la sangre que humeaba al salir a chorros de su cuello cortado y de la cabeza que había ro-

dado por la nieve hasta ir a parar, detenida para siempre en un gesto tétrico, unos pasos más abajo.

Desde su cobijo, Beadur contempló el contraste entre la desesperación del muchacho y la conducta impasible de los ingleses. Estaba claro quién había sido el traidor que había propiciado la infamia.

—¿Cómo creías entonces que íbamos a cumplir la misión? —contestó Dreng, riendo ante las arcadas del muchacho.

Tras soltar una carcajada al verlo vomitar, el capitán agarró por los cabellos la cabeza decapitada, levantó por un brazo a Cearbhall del suelo y ordenó retirada mediante un gesto escueto.

Los soldados se pusieron en marcha en absoluto silencio. En apenas segundos, desaparecieron entre la floresta como si jamás hubieran estado allí.

La nevada arreciaba. Sus huellas serían borradas en un par de minutos.

Aún sorprendido, pero ya atando cabos, Beadur observó desde su escondite cómo la patrulla desaparecía. Ya tenía suficientes datos, solo le restaba comunicar lo acaecido a sus superiores. Un grupo de asesinos profesionales llegados de Inglaterra se había internado en un bosque de Bretaña para matar a la condesa de Vannes. Un cometido exitoso propiciado, sin duda, por la información proveniente de un traidor llamado Cearbhall.

De todos modos, arrugó la frente, había cosas que seguían sin encajar. Demasiados recursos empleados en liquidar a una mujer indefensa. Al menos, pensó, sin ningún beneficio a cambio. Los mejores profesionales de la Corona inglesa habían sido enviados a asesinar a una señora que ya había sido madre de doce hijos. Por lo demás, ni un rescate, ni una victoria militar. Nada.

Tan solo un asesinato.

Beadur negó con la cabeza. Era ilógico. Tenía que haber algo más.

Su instinto de espía le decía que en realidad aquellos hombres acababan de ejecutar una misión elevada, aunque a él le faltasen datos para entenderlo. Un extraño cometido que su capitán consideraba cumplido de aquella manera, tal y como había dicho.

Pensativo, observó el cadáver desde la distancia. Las incógnitas lo asaltaban, pero no halló respuestas. Aquella mujer debía de estar a punto de dar a luz. Aunque eso, caviló, ya nunca sucedería.

Aún inmóvil, contempló cómo el último soldado inglés desaparecía entre la maleza. Decidió dejarlos ir. Seguramente volverían a Inglaterra sin demora; no iba a obtener más información al perseguir-

los. Sin embargo, el cuerpo mutilado de la condesa, casi cubierto ya por la nieve que seguía cayendo, aún podía proporcionarle una información valiosa. Alguna prueba de lo sucedido. Algo que le pudiera servir en el futuro para demostrar que él había presenciado aquella escena.

Esperó un tiempo prudencial antes de acercarse. Era una práctica habitual, entre soldados de tan alto nivel, dejar un par de arqueros apostados tras aniquilar a un enemigo. Por si alguna mirada indiscreta hubiera presenciado lo sucedido.

En ese caso, también liquidarían a los testigos.

Dejó pasar el tiempo antes de salir de su escondrijo. No había prisa. Registraría las ropas de la condesa y también el carro. Trataría de encontrar algún documento, o alguna alhaja. Cualquier cosa.

Cuando ya se disponía a incorporarse, se detuvo sobresaltado. Algo estaba moviéndose entre las ramas, justo encima del cadáver. Contuvo la respiración.

Las sorpresas no habían terminado aún.

Beadur se quedó paralizado al ver bajar del árbol a una niña rubia. Una muchachita que no debía de tener más de doce o trece años. La chiquilla se descolgó con los brazos y se dejó caer sobre la nieve junto al cuerpo de la condesa. El gauta apretó los puños.

Contra todo pronóstico, lo más asombroso estaba por llegar.

A pesar de todas las atrocidades que había tenido ocasión de presenciar a lo largo de su vida, Beadur Njöror se quedó atónito al contemplar la acción de la muchachita. Jamás hubiera imaginado que semejante hazaña pudiera tener lugar. La vio actuar con decisión bajo la ventisca implacable.

Ante la mirada asombrada del gauta, el milagro más insospechado tuvo lugar a manos de una niña aparecida como por arte de magia.

Súbitamente, la luz se hizo de la forma más inesperada. Y lo hizo justo allí, donde la muerte acababa de esparcir sus tinieblas. Entonces, el espía se estremeció. Al presenciar aquella escena sobrecogedora, una vieja profecía acababa de golpear su conciencia como un mazo de granito.

Su primer verso apareció ante él, girando con letras de fuego.

Hijo de la nieve, de la muerte nacido.

III

A Breann le gustaba la nieve.

Le recordaba a los inviernos vividos en Escocia, siendo niña. Un tiempo que se le antojaba remoto, como si en lugar de pertenecer a su propia vida formase parte de un sueño difuso.

Y eso que no tenía más que doce años.

Pero claro, llevaba los cuatro últimos lejos de su hogar. Un tiempo no muy largo, pero que se había convertido en una eternidad inesperada.

Siempre es así para un corazón desencantado.

Las cosas, desde luego, no estaban saliendo como ella se había imaginado. Iban cuatro años, ya. En los que llevaba adquiriendo, supuestamente, la sabiduría ancestral de los druidas que perduraba entre las piedras hitas de Karnag. Así lo había previsto su padre cuando, contra el criterio de su madre, había decidido enviarla allí. A la lejana Bretaña, como aprendiz de la sanadora más sabia de toda la Armórica. Si no del mundo entero, había dicho él.

La legendaria Myrna Méneec. La druida de Morbihan.

—Serás la heredera de la sabiduría forjada por el pueblo antiguo. —Su padre era el curandero de Inverness. Morvern Airdsgainne, le llamaban, y no cabía en sí de orgullo—. Myrna te ha elegido entre cientos de aspirantes pese a provenir de un país tan distante. Eres una privilegiada, Breann. Valóralo.

«El país es el mismo, Morvern, recuerda que todos somos hijos de Gael».

El hombre, exultante, rememoró las palabras de la anciana y sacudió la cabeza antes de continuar.

—Da igual... hija mía, el caso es que esta oportunidad hace de ti una elegida entre miles.

La pequeña se había ilusionado por puro contagio. Una auténtica druida, la sanadora más venerada a lo largo y ancho de varios reinos, había aceptado enseñarle todo cuanto sabía. Pócimas secretas, arreglos para piernas rotas y hombros dislocados, los secretos de las estrellas y del sol, la verdad sobre la vida y el mundo... El conocimiento que los viejos gaeles habían ido acumulando a lo largo de miles de años le iba a ser transmitido a ella.

A Breann Airdsgainne, una simple chiquilla nacida en la remota Inbhir Nis.

—Esos conocimientos jamás fueron escritos. —Nunca había visto a su padre tan entusiasmado—. Ten en cuenta que, o se reciben de esa mujer, última poseedora de la sapiencia antigua, o se pierden para siempre.

El futuro, por boca de Morvern, se presentaba como una aventura apasionante. Sin embargo, al llegar a Karnag la decepción fue proporcional a las expectativas. Myrna resultó ser una vieja loca que apenas hablaba con lógica, y que tanto podía acariciarte hoy como arrear-te mañana con una estaca sin motivo alguno. Sin mediar palabra ni razón.

Una demente que, por encima, tenía la casa atestada de artefactos extraños. Allí se amontonaban ollas de formas raras, matraces y alambiques. En alguna ocasión, incluso la sorprendió dibujando unos símbolos incomprensibles en la ceniza del hogar, o mirando al cielo durante horas enteras en las noches de luna nueva. Hasta ahí llegaba su supuesta «sabiduría ancestral».

Una vieja trastocada con la que no se podía razonar. Más allá de las diferencias de idioma, nada insalvable para la pequeña Breann, el carácter de la anciana imposibilitaba cualquier aprendizaje.

Al menos, eso fue lo que le pareció al principio. Porque, pese a todo, Breann no tardó en advertir que allí había algo más. Algo grande, enorme, que se escondía tras aquella realidad decepcionante. Aquello fue lo que hizo que no se diese media vuelta. Lo único que impidió que partiese de inmediato a sus amadas Tierras Altas. Sí, el regreso a A' Ghàidhealtachd podía esperar.

Porque ese «algo más» sucedía de vez en cuando. Y era realmente milagroso.

Cuando alguien llamaba a su puerta aquejado de un mal grave, Myrna sabía qué hacer. Si aparecía un hombre con una muela inflamada, o cojeando por un talón magullado, lo echaba a cajas destempladas. Y siempre haciendo gala, de la forma más ostentosa, de sus manías de vieja tarada. Los pacientes rechazados se largaban hechos una furia, jurando nunca volver y maldiciendo a aquella loca andrajosa.

Sin embargo, si llegaba alguno con una tripa atravesada, un dolor de muerte en el pecho o cualquier otro mal que hiciera peligrar de verdad su vida, le mandaba pasar y lo abría.

Lo abría, sí.

Primero los dormía, dándoles a respirar un paño impregnado en una misteriosa sustancia. Un líquido que guardaba en una botella

lacrada que la pequeña tardó poco en asociar con la planta de la adormidera. *Crom-lus*, le oyó musitar una vez. Sí, recordó, era la misma que las jovencitas empezaban a denominar *poppy flower* allá, en Inbhir Nis.

Después, la vieja cogía una navaja tan afilada como jamás había visto, la pasaba por un líquido que guardaba como si fuera oro y hacía una incisión en la piel. Después metía por la abertura las manos, también empapadas en el mismo líquido, y localizaba el daño.

Entonces, arreglaba lo que estuviera mal.

Finalmente, con mucho cuidado, cosía el corte con hilos de no se sabía qué. En cuanto los pacientes volvían en sí les daba alguna pócima sedante, o les hacía respirar de nuevo la sustancia narcótica. Al considerar que estaban listos, los dejaba ir. Antes, eso sí, les hacía jurar que jamás le contarían a nadie lo sucedido.

Era algo asombroso, pero era real. Por eso, Breann había decidido quedarse.

Aquella habilidad para curar era casi sobrenatural. Aquellas personas, de no ser por Myrna, hubieran agonizado hasta morir de una manera lenta y terrible. La anciana no le explicaba nada, ni le indicaba qué sustancias misteriosas había que emplear en cada caso, pero la niña no perdía ojo de cuanto ella llevaba a cabo en cada una de sus intervenciones. Aquellos milagros, se decía, justificaban por sí solos la decisión de permanecer en aquel lugar inhóspito.

Al cabo de un par de años, la pequeña empezó a atar cabos. Después de tanto observar, sintió que empezaba a comprender. A interpretar lo que sucedía dentro de los cuerpos de los pacientes. Ya podía identificar las estructuras anatómicas y asociar las funciones que cada una de ellas desempeñaba. Las piezas iban encajando poco a poco, y entonces empezaron a pasar más cosas. La sanadora comenzó a encargarle algunas funciones sencillas, y ella dejó de limitarse a presenciar su trabajo con los pacientes.

A veces, le pedía que le pasara el instrumental. Otras, que fuera a recoger una u otra planta de las que crecían en los bosques de alrededor. Osmunda, dedaleras o muérdago. Que las trajera, sin más. Ella sabía qué hacer con ellas.

Así fue como aquel primer día del año, cuando cumplía cuatro lejos de su hogar, la chiquilla se internó en el bosque de Karnag para recoger visco blanco. Era la época mejor para hacerlo, le había dicho Myrna, por estar los frutos bien maduros.

En plena ventisca, Breann trepó hasta lo alto entre las ramas de un árbol enorme que crecía al borde del camino. Desde allí, lo más profundo del bosque era un tapiz blanco. Pese a la nevada, tenía que haber buen muérdago. En efecto, no tardó en dar con él.

Sin miedo a las alturas, ni a la soledad, ni a la tempestad que aullaba a su alrededor, la pequeña se sentó en una rama. No llevaría allí arriba más de diez minutos, oculta entre el follaje, cuando se dio cuenta de que unos soldados estaban tomando posiciones en el suelo, alrededor de su árbol. Se quedó petrificada. No sabía si aquellos hombres estarían tras su rastro. Encontrarse con soldados nunca era buen asunto, y mucho menos para una aprendiz de bruja como ella. Así, lo sabía bien, la denominaba alguna vecina malintencionada. Bruja. Con la boca pequeña, pero sí. Contuvo la respiración. No obstante, su temor resultó infundado.

No la seguían a ella. De hecho, ni siquiera sospechaban que estuviera allí arriba, observándolos.

De todos modos, se quedó inmóvil. Era mejor esperar a que se hubieran marchado antes de bajar. Ya tenía suficiente muérdago para que Myrna lo destilara. Sin embargo, no se movió. Pese al frío y la nieve, contuvo la respiración. Quedarse allí era preferible a cruzarse en el camino de hombres armados. Aunque esperar no resultase fácil.

Sobre todo cuando allí abajo empezaron a pasar cosas terribles.

Al cabo de una tensa espera, los soldados, quien sabe por qué, asesinaron a flechazos a unos leñadores ante la mirada horrorizada de la muchachita. Menos mal, respiró, que de milagro había logrado detener un grito.

Después tuvo que taparse la boca con las manos cuando el capitán del grupo decapitó de un mandoble brutal a la mujer que los acompañaba. Una mujer que, tal y como ella intuyó en cuanto la vio bajarse del carro, no solo estaba embarazada, sino a punto de dar a luz.

Después se fueron, sin más. Breann, aunque estremecida por el espanto, decidió que tenía que hacer algo. Apretó los puños. Los años que llevaba con Myrna tenían que servirle para tratar, al menos, de salvar una vida. Esperó un rato, por si acaso. No por dudas, ni por indecisión. Su instinto de sanadora la guiaba. Finalmente, bajó del árbol con cuidado pero sin perder un segundo.

El tiempo se agotaba.

El capitán, a quien otro joven había llamado Dreng, se había llevado consigo la cabeza de la condesa. Así le habían llamado, condesa. El

cuerpo, que ya casi no vertía sangre por el cuello seccionado, estaba cubierto por la nieve. Una nieve que iba tapando el color rojo con su blancura inmaculada. La niña sacó la navaja con la que había estado recogiendo el visco. Sin delicadezas, abrió de un corte rápido la ropa que tapaba el vientre abultado del cadáver. Al hacerlo, frunció el ceño.

Era extrañamente fina para una simple leñadora.

Lo hizo con rapidez. Ya no podía hacerle ningún daño. Ya con más tino por la criatura, que no por la madre, volvió a emplear la navaja. Tratando de recordar cómo era la cavidad abdominal por dentro, hizo un corte curvo y fue penetrando con las manos en la barriga. Aún estaba tibia.

Palpando con cuidado, dio con la cabeza del bebé. Metió la navaja y rompió la bolsa que lo contenía, que de inmediato derramó un líquido aún caliente. El niño estaba a su alcance. Guiada por la intuición, lo cogió con cuidado y lo sacó al exterior. No sabía si estaba vivo o muerto. No se movía. La nieve empezó también a caer sobre él. Breann, alarmada, lo sacudió con decisión.

Entonces, el niñito empezó a llorar.

Aliviada, cortó el cordón umbilical y metió al niño por dentro de su propia ropa. Lo colocó junto a su pecho, en contacto con la piel. Tenía que llegar a casa cuanto antes. Cualquier opción de que el niño sobreviviera pasaba por actuar sin demora. Por atenderlo y darle de comer. Secarlo y ponerlo a dormir en un lugar cálido. Y eso, a buen seguro, no iba a suceder allí. Ni en mitad de aquel bosque cerrado ni bajo aquella tempestad de nieve. Con cuidado, pero decidida, echó a correr. Pronto dejó atrás el lugar. Un cuerpo sin cabeza, ya casi cubierto por la nieve, y una soledad aterradora, fue cuanto quedó allí.

Al menos, eso creía ella.

Sin que llegase a sospecharlo, un guerrero gauta la vio salir a toda prisa. Desde su escondite entre el ramaje de un espino, Beadur Njöror, asombrado por lo que acababa de presenciar, se acercó al carro. Aún tenía que examinar las ropas de la condesa.

Lo que encontrara allí podía ser decisivo algún día. Quién sabe, murmuró. Al fin y al cabo, todo eran incógnitas en aquella historia. Una vez más, meneó la cabeza. Un inexplicable halo de misterio rodeaba aquel suceso extraordinario.

Pese a eso, se dijo, una cosa sí estaba clara.

Un futuro convulso se avecinaba.

2

CON LA LÓGICA INABARCABLE QUE RIGE LA ETERNIDAD

*No es solo una piedra hita sobre la que un día tallaron una leyenda, Robert.
Es parte del legado ancestral de los sabios gaeles.
De los viejos druidas que supieron leer en la naturaleza y en el cielo
aquello que forma parte del infinito
que a todos nos envuelve.
De lo que, así, debe suceder de nuevo una y otra vez.
Como las estaciones, como el día y la noche
y el latir del corazón.
Con la lógica inabarcable que rige la eternidad.*

IV

CASTILLO DE VANNES, JUNIO DE 1400

El conde ya llevaba tres años viudo.

Pese al tiempo transcurrido, nunca había logrado sobreponerse a la desgracia. Patern de Gwened, antes un guerrero enérgico y de repente un viejo, no dejaba de rumiar el remordimiento torturado de su esposa asesinada. El terrible crimen cometido en mitad de una gran tormenta de nieve, justo cuando trataba de ponerla a salvo de un ataque inglés a la ciudad.

Ataque que, para más tortura, nunca había llegado a producirse.

Y eso no lo era todo. Ciertamente que la ausencia de ella hacía de cada despertar un martirio, y de cada momento de soledad, una pesadilla; pero a eso había que sumarle la pérdida de su decimotercer hijo. El dolor le mordía el alma a cada paso. Los asesinos no se habían confor-

mado con decapitar a la pobre Alix, sino que habían arrancado de su vientre al pequeño Robert, nonato.

Y a saber qué barbaridades habrían hecho aquellos salvajes con su cadáver.

El día siguiente a la partida de la condesa llegó una paloma al castillo portando una carta anónima. En ella se indicaba el lugar exacto donde yacía su cuerpo, y también los de sus soldados disfrazados de leñadores. Patern salió a galope, sin más compañía que los pocos centinelas que habían permanecido junto a él en previsión del asalto a las murallas de Vannes.

Los hijos del conde estaban fuera. Los doce caballeros de Gwened se encontraban, con casi toda su milicia, defendiendo las costas normandas del desembarco masivo que presuntamente iba a invadir todo el norte de Francia. Una invasión que, finalmente, tampoco tuvo lugar. Como tampoco, extrañamente, había llegado a consumarse el ataque a la vieja Gwened que sus informadores, en función de la escuadra inglesa que habían vislumbrado aproximándose a la ciudad, habían predicho.

El más insistente había sido Cearbhall Pornichet, el talentoso mozo de familia humilde que Patern había acogido como consejero personal con la esperanza de que ejerciera de mentor del pequeño Robert. Ya daba igual. Habían asesinado a su hijito antes incluso de haber nacido.

El miedo a aquel ataque había sido por lo que Patern había evacuado a Alix. No estaban en condiciones de resistir. Su destino era un refugio perdido en las lejanas tierras del oeste al que nunca había llegado. Por una casualidad nefasta, o por alguna otra razón inexplicable, una avanzadilla de soldados ingleses, probablemente exploradores, habían interceptado el carro de leña y acabado con todos los miembros de la expedición.

—Esto no es obra de unos simples mercenarios, Patern —indicó el alcaide del castillo, Eusébe Loudéac, al examinar los cadáveres.

Sus hombres habían sido ejecutados con una precisión asombrosa, cada uno mediante un flechazo mortal en el ojo derecho. De todos modos, aquellas palabras no fueron escuchadas. El conde estaba fuera de sí. Sin decir nada, había recogido el cadáver sin cabeza de Alix, congelado y rígido, y lo había cargado consigo en el caballo. Después había galopado a duras penas, sin dejar de sollozar, hasta el castillo. Desde aquel momento, ni el regreso de sus doce hijos al cabo de las semanas, ni el de Cearbhall al día siguiente le habían servido de consuelo.

—Mi señor, me siento responsable —gimió su consejero al entrar, arrodillándose ante él.

—Ni tus consejos, ni las predicciones que entre los dos hicimos, son responsables de este vil asesinato —le contestó entre lágrimas Patern de Gwened, tirando de él para levantarlo—. Fue la fatalidad de esta guerra atroz. Este desastre que nos asola desde hace ya sesenta años... y la brutalidad de esos malnacidos, Cearbhall. No vale la pena buscar más culpables.

El señor cogió por los hombros al muchacho. Al separarse, los dos simularon sentirse reconfortados. Sin embargo, Patern se sentía culpable por la nefasta idea del carro de leña. Cearbhall, por su parte, no quería pensar. La tragedia se había desencadenado por obra y gracia de sus maquinaciones.

—Mi señor... el pequeño...

Ahí, el conde no pudo contenerse más. Tuvo que darse media vuelta para evitar hablar del tema.

Se había asegurado de ser el único en presenciar el vientre abierto del cadáver antes de envolverlo, roto de dolor, en un sudario.

Ella, sollozó, no habría soportado que la vieran en este estado.

Patern había sido también, por lo tanto, el único que tuvo constancia de que el bebé había sido arrancado por aquellas bestias del vientre de su desgraciada madre. Para todos los demás, ambos descansarían ya por siempre en la misma tumba.

Y la tragedia, no dejaba de pensar, era aún mayor de lo que cabría sospechar. Con el asesinato del pequeño había desaparecido el último de los caballeros de su casa. Aunque la más improbable expectativa había ido materializándose a lo largo de los años, Patern ya nunca vería cumplido su gran deseo.

El mensaje tallado siglos atrás en el menhir de Kermario tendría que esperar.

La vieja profecía, que anunciaba un fagonazo de blancura en mitad de la época más oscura, ya nunca se vería cumplida en su descendencia. El que debiera ser conocido para la eternidad como el Guerrero de la Luz ya nunca sería uno de los hijos del gran conde Patern de Vannes.

El caballero número trece de la casa de Gwened.

El elegido.

CASA DE MYRNA MÉNEC, KARNAG. FEBRERO DE 1400

—¡Aydan! ¡Aydan!

Breann no contaba más de quince años, pero ya llevaba tres al cuidado del pequeño.

Un niño risueño que no conocía un instante de sosiego. Ni de día ni de noche.

—¡Myrna! ¿Has visto a Aydan?

—¡He visto a la puta que te parió! —gritó la vieja, desde su taburete.

La joven siguió buscando por toda la casa. Había aprendido a no hacer caso de aquellas chaladuras. Con los años, Myrna mostraba cada vez más un carácter más ingobernable. Unas reacciones más impredecibles.

Suerte que aún conservas la lucidez necesaria para ejercer tu talento, rumió.

Después, ignorándola, siguió buscando al niño. Tras unos minutos de desconcierto, al fin dio con él. El pequeño Aydan, como tenía por costumbre, se había subido a lo alto del manzano que crecía tras la casita que compartían los tres. Un lugar tranquilo en la linde del bosque, en las afueras de la pequeña villa de Karnag.

Y allí estaba, encaramado, a sus tres añitos y medio. Otra vez.

—¡Aydan! —lo reprendió Breann, con los brazos en jarras, pero entre susurros—. ¡Bájate de ahí! ¡Como te vea alguien, va a pensar que estás embrujado!

El niño la miró desde arriba con cara de risa. Parecía divertirse el enojo de aquella muchacha cariñosa. Ella era la única familia que había conocido a lo largo de su corta vida.

Aparte de Myrna, claro está.

Viéndolo allí arriba, Breann recordó lo sucedido aquel día de invierno feroz en el bosque que empezaba justo allí. Aquel atardecer plomizo había corrido sobre la nieve, con el bebé apretado contra su pecho, tratando de alcanzar lo antes posible el calor del hogar.

Myrna la había visto entrar sin decir nada.

Tampoco abrió la boca cuando la muchacha lavó al niño, ni cuando trató de alimentarlo mojando la punta de un paño de lino en leche de oveja. Nada. Solo una mirada indescifrable y un silencio desconcertante. Cuando el bebé se quedó dormido, Breann se volvió hacia la

sanadora, dubitativa. Suponía que la anciana esperaba alguna explicación. Iba a empezar a hablar, pero Myrna se acercó y le puso un dedo sobre los labios. Por primera vez, le acarició los cabellos. Después la miró fijamente, con una mirada transparente y profunda, y se volvió. Desprendía serenidad. No salió de su alcoba hasta el día siguiente, bien avanzada la tarde.

A pesar de la sorpresa, la chiquilla se tranquilizó. Tanto, que al final acabó por quedarse dormida con el bebé en el regazo.

Ese fue el primer día de la vida del pequeño Aydan. A la mañana siguiente, Breann corrió a ordeñar las ovejas para alimentarlo. Estaba acabando cuando vio pasar un jinete a toda prisa. Un presentimiento funesto la asaltó. Dedujo que los soldados habían regresado a por el niño. Con el corazón en un puño, voló de vuelta.

Sin embargo, al llegar se encontró a la anciana saliendo de casa como si tal cosa.

—No me esperes despierta —fue todo lo que le soltó al pasar a su lado.

Después, la sanadora se subió a la grupa del caballo para desaparecer de nuevo hasta el atardecer del día siguiente.

«Cada día está peor», se lamentó Breann, meneando la cabeza. Ahora se dedicaba a cabalgar con jinetes desconocidos. Sin embargo, no quiso darle más importancia. Estaba demasiado ocupada cuidando del bebé.

Tras el regreso de la anciana, sin embargo, algo extraño sucedió. Al salir de la estancia donde hacía las sanaciones, y en la que tenía todo su instrumental, Myrna posó sobre la mesa unos frascos. Después cogió un tizón encendido del hogar y lo acercó mucho a la carita del niño. Breann se asustó por un instante, pensando que en su locura lo podía quemar, pero la mirada de ella la detuvo en seco. No solo estaba lúcida, sino cargada de una sabiduría reposada.

Tras una inspección pormenorizada, Myrna suspiró de satisfacción. Después mezcló el contenido de los frascos en un mortero. Musitando unas palabras en lengua antigua, que Breann apenas alcanzó a comprender, aplicó el unguento con mucho cuidado sobre el pecho del pequeño. Ni siquiera lo despertó. Entonces, Myrna le ofreció a Breann una de las botellitas, indicándole mediante gestos que bebiera. La niña le dio un trago, y una sensación ardiente le bajó por la garganta.

En apenas minutos, el sueño se apoderó de ella. Antes de quedarse dormida allí mismo, acodada sobre la artesa de la cocina, creyó oír más palabras pronunciadas en lengua antigua.

El idioma común de los hijos de Gael.

Esta vez sí las entendió, recordando además los días de su infancia. Aun así, no alcanzó a comprender qué podría significar aquel conjuro, o lo que quiera que fuese. Simplemente, dejó que la acompañase en la transición de lo consciente a lo inconsciente.

Así traspasó Breann Airdsgainne, aquel día, la línea traslúcida que separa lo real de lo onírico.

*Hijo de la nieve, de la muerte nacido
Guerrero de la Luz, caballero del Este
de la casa de Gwened el número trece,
faro entre tinieblas, coloso elegido.*

VI

WESTMINSTER HALL, LONDRES, ENERO DE 1397

—Estáis seguro, por tanto, de que ya no se cumplirá la profecía —aventuró con suspicacia Richard, rey de Inglaterra.

—Majestad, creo que la prueba aportada avala mi certeza —respondió Dreng Straw.

Al decirlo, señaló con el mentón la cabeza cercenada de la condesa de Vannes. Recién regresado de Bretaña, aquel despojo era la mejor prueba de su éxito en la misión encomendada.

Que nunca llegara a nacer el decimotercer caballero de Gwened. Ese había sido exactamente el encargo del rey.

Richard apartó los ojos del trofeo. La tétrica expresión que se había quedado congelada en el rostro de la mujer le horrorizaba. Había supuesto que la obligarían a beber alguna pócima abortiva. Algo menos brutal. Pero no, y él ahora sentía una rara mezcla de tranquilidad al ver eliminada aquella amenaza, y de repulsión por el modo en que su mercenario había zanjado aquel asunto.

—Sabéis, Dreng... Yo no creo en embrujos ni en magias...

El asesino lo contempló impasible, disimulando el desprecio que le provocaban aquellos remilgos. No necesitaba explicaciones. De hecho, ni siquiera las quería oír.

Le habían encargado una misión y él la había ejecutado. Punto.

«Le das demasiadas vueltas, Richard. A este paso, poco va a durar la corona sobre tu cabeza. Tu primo Henry no se anda con tonterías. Si

es necesario eliminar un objetivo, se elimina y ya está. Sin remordimientos. Sin justificaciones».

—Pero esa condenada sabiduría druídica... —el rey seguía balbuceando excusas que nadie le había pedido—. No sé qué tiene, pero siempre acierta...

—No esta vez, majestad —Dreng cortó bruscamente aquellas mójigaterías. Cada vez se veía menos capaz de disimular el desdén que le provocaba aquella falta de carácter—. Gracias al plan que acabamos de ejecutar, y a la inestimable colaboración de Cearbhall Pornichet, ya es imposible que nazca ese supuesto liberador de la patria. Ese «coloso elegido» al que se refiere la leyenda.

El rey se quedó en silencio, taciturno. Aquello se le había ido de las manos. Al saber que Alix de Gwened estaba encinta de nuevo, diez años después de haber parido a su decimosegundo hijo, había entrado en pánico. Llevaban ya sesenta años en guerra con Francia. La disputa por las posesiones de la Corona inglesa en terreno continental no cesaba... y lo último que necesitaba era que la leyenda de los menhires de Karnag se materializase. Superstición o no, aquello hubiera infundido unos ánimos a su enemigo que no estaba seguro de poder resistir.

Además, toda su vida había sido advertido sobre la profecía de Kermario. No ignores las predicciones de los druidas, le habían dicho mil veces. Grandes reyes, antes que tú, han caído por ese motivo.

Al final, asfixiado por los malos augurios, se decidió.

Asesorado por Dreng, el rey de Inglaterra ideó un plan.

Primero simularían que una gran armada iba a desembarcar en Normandía para invadir Francia. La amenaza provocaría que los doce caballeros de Gwened, reunidos en el castillo familiar, se vieran obligados a encaminarse hacia allí al frente del poderoso ejército del señor de Vannes. Defender la costa era lo primero. Si no, el reino entero caería.

En efecto, tal y como Dreng había predicho, mordieron el anzuelo. Los hijos de Patern dejaron la ciudad desprotegida, justo lo que ellos buscaban. «Usemos mercantes, majestad. Disfracémoslos de navíos de guerra. Creerán que los vamos a invadir». Aquella parte del plan había sido un éxito. Como también lo había sido enviar otros barcos a Morbihan para que los pobladores de Vannes temiesen, al distinguirlos en el horizonte, que iban a ser atacados. Sin recursos militares, el

conde no tendría más remedio que adoptar las medidas que fuera preciso con tal de proteger a su esposa y al hijo que venía en camino.

Y ahí, exactamente ahí, fue donde entró en juego la influencia de Cearbhall sobre Patern. Convenientemente aconsejado, camuflar a la condesa en un carro de leñadores le pareció la mejor opción.

«Porque quedarse en Vannes, mi señor, supone desafiar a la muerte cara a cara».

—Nada como una buena cantidad de oro para comprar a un traidor, desde luego —observó el rey, pensativo—. ¿Y decís, Dreng, que podemos contar con ese tal Pornichet de cara al futuro?

El mercenario se permitió unos instantes antes de responder. Por un momento dudó, aunque no de la fiabilidad de su soborno.

En realidad, sus dudas volaban en círculos en torno al futuro del rey. Richard bailaba junto al abismo que suponía el avance de su propio primo, Henry de Lancaster. Un aspirante sin escrúpulos que progresaba a marchas forzadas en su empeño por arrebatarle la Corona. Y Dreng tenía claro que él solo apostaba por caballos ganadores.

El consejero del conde de Gwened, claro que sí, estaba en sus manos.

—Se trata de un muchacho de gran talento para la política, majestad... pero sé de qué pie cojea. Vi cómo brillaban sus ojos cuando abrió la bolsa de oro. De cualquier manera...

—De cualquier manera —atajó Richard—, queda comprometido con nosotros de por vida, ¿no es cierto? Si lo delatamos, está muerto.

—Eso mismo iba a decir yo, mi señor. No olvidéis que fue él quien le sugirió a Patern que lo más seguro era enviar a la condesa para que se refugiara en el Finistère. Y también quien nos indicó el lugar idóneo para la emboscada.

El rey sonrió, satisfecho. Por repulsivo que le resultara, lo cierto era que Dreng había ejecutado de la mejor manera posible su encargo. Con la muerte de Alix se acababa por fin aquella pesadilla que le había robado el sueño durante demasiado tiempo. Ya nunca llegaría a nacer el dichoso decimotercer caballero capaz de expulsar a los ingleses de Francia. Al menos, no durante su reinado. La vieja profecía tendría que esperar, como mínimo, otra generación.

Con eso sería suficiente.